

## 27. DOS LIBROS LITÚRGICOS: LAMENTACIONES Y ÉSTER

Una de las cosas que parecen no comprender quienes creen que la Biblia fue de algún modo dictada por Dios, es que la Biblia es primero y principalmente un libro litúrgico. La Biblia se escribió con el objeto de usarse en ceremonias religiosas públicas. Nunca fue su fin ser historia o biografía. Hemos indicado este origen muchas veces durante nuestro recorrido en esta serie de Columnas. Ya dijimos, por ejemplo, que la historia de la pasión y muerte de Jesús en la cruz, tal como la escribió Marcos (14:17 - 15:49), no era una crónica de los hechos que sucedieron sino, más bien, una recreación ceremonial acerca del significado de la Crucifixión, escrita originalmente para el uso cultural de la comunidad cristiana cuando ésta aún formaba parte de la sinagoga y, por tanto, aún celebraba la Pascua. Esta temprana apropiación cristiana de la liturgia judía, implicaba comparar a Jesús con el cordero pascual que frenaba y desviaba el poder de la muerte. Por eso la narración de la Pasión en Marcos consta de 8 segmentos de 3 horas cada uno. Así se ajustaba a una ceremonia litúrgica de 24 horas.

También dijimos que este mismo evangelio de Marcos se compuso para surtir de lecturas sobre Jesús los Sabbaths del año litúrgico hebreo en su ciclo corto, que va de Rosh Hashannah (mediados de septiembre, tiempo de las cosechas en el Mediterráneo) hasta Pascua (mediados de marzo y comienzos de abril, tiempo de primavera). La formación de Marcos sugiere que el ministerio de Jesús duró un año pero no llegó a cubrirlo todo. De ahí las ampliaciones de Mateo hasta completar el lapso de tiempo en el que la vida de Jesús se recordó litúrgicamente, lo cual estableció la idea de que su "vida pública" duró un año. Esta redacción de los dos primeros evangelios se fue haciendo mientras los seguidores de Jesús aún estaban dentro de la vida de la sinagoga. Las iglesias cristianas no se separaron de las sinagogas hasta unos 58 años después de la crucifixión (es decir, hacia el año 88 dC.), momento en el que el evangelio de Marcos ya llevaba al menos 17 años circulando y el de Mateo 10 años menos.

Otro ejemplo de la influencia de la liturgia sobre las Escrituras nos lo deparó el Salmo 119, el más largo del Salterio, que era un himno a la gloria y la maravilla de la Toráh y que se compuso, tal como su estructura indica, para el festival de Shavuot, o de Pentecostés, que celebra la entrega de la Ley por Yahvé a Moisés, en el Sinaí. De un modo similar, Zacarías 9-14 tiene una particular conexión con la Fiesta de las Cosechas, llamado Sukkoth o las Enramadas. Quizá por eso esta parte de Zacarías es importante para los primeros cristianos, que citaban este libro con frecuencia, como base del relato del Domingo de Ramos (Zac. 9:9-11).

Dicho esto, dos libros poco conocidos de la Biblia empiezan a tener sentido. Me refiero al de Las Lamentaciones, que está detrás de Jeremías, y al libro de Esther, que está detrás del de Nehemías y cierra la sección "histórica" del Antiguo Testamento, antes de que el libro de Job abra la sección de la Sabiduría. Me centraré en estos dos libros al llegar al final de esta Serie sobre los "Orígenes de la Biblia" en lo que respecta al Antiguo Testamento.

Las Lamentaciones se escribieron para leerse en la celebración de un día santo conocido como el 9 de Ab, día que generalmente sucedía dentro de nuestro mes de Agosto. El 9 de Ab fue el día elegido para grabar en la memoria de cada generación la más profunda tragedia de Israel. Por eso el contenido del libro es una serie de llantos sobre Jerusalén, en torno a la caída de la ciudad ante los babilonios en los primeros años del siglo VI aC. Antaño, la gente atribuía la autoría de este libro a Jeremías, y ello probablemente explica su ubicación. Pero Jeremías ya había muerto varios siglos antes de que las Lamentaciones se compusieran no sin técnicas complejas: cuatro capítulos tienen la forma de los "acrósticos alfabéticos", pues cada uno tiene 22 versos que se inician con una de las 22 letras del alfabeto hebreo. El fin de este libro era reunir una serie de canciones de difuntos de forma que recordaran las derrotas pasadas en un día destinado al luto nacional.

Los cristianos si conocen este libro es porque se usó en el Viernes Santo. Las liturgias del Viernes Santo comienzan con esto de las Lamentaciones: "¿No os conmueve a cuantos pasáis por el camino? Mirad y ved si hay dolor como el dolor que me ha venido. Porque Yahvé me ha angustiado en el día de su ardiente furor." Mediante estas palabras, los cristianos equiparaban litúrgicamente la muerte de Jesús con la "muerte" de la nación judía que supuso el Exilio.

Otras palabras de las Lamentaciones se incluyen en el himno compuesto por John Keble en 1822 "Cada mañana se renueva el amor" (Lamentaciones 3:23). La frase de las oraciones cristianas dirigidas a un Dios que "nos enseña en su santa palabra que no desea el dolor ni la aflicción de los hijos de los hombres" es de Lamentaciones 3:32; y la frase moral que dice que algo "vale su peso en oro" procede de Lamentaciones 4:2. El librito se puede leer en cinco minutos pero constantemente sorprenderá al lector con su mensaje.

Un segundo libro litúrgico poco conocido es el de Esther. Esther se lee en la Fiesta de Purim, que sucede en nuestro Febrero o en Marzo. Historia deliciosa y puramente secular, que no alude a ninguna práctica religiosa ni menciona el nombre de Dios. Recuerdo haber conocido a un músico de Nueva York, mientras ambos recorríamos la Ruta Milford en la bella Isla Sur de Nueva Zelanda. Su ambición era llevar la historia de Esther al formato de una ópera. Ojalá lo haga porque el texto se presta poderosamente a ello.

La historia del libro es fascinante. Asuero, un rey persa que regía un imperio que se extendía desde Etiopía hasta la India, estaba una vez bebiendo con algunos invitados y ciudadanos prominentes en la ciudad de Susa y, entonces, invitó a la reina Vashti a unirse a la fiesta para que todos lo envidiaran por la gran belleza de su mujer. Pero Vashti rehusó y con ello creó una situación embarazosa. Si la mujer del rey podía desafiar a su marido, todas las mujeres podrían hacerlo también, y con ello se terminaría el poder patriarcal. Las mujeres sin excepción deben honrar a sus maridos –dice el texto– porque tal "es la ley de los Medos y los Persas". Así que, en respuesta a la desobediencia de la reina, se envió una orden a todos los rincones del país para que "cada hombre fuese el rey de su hogar"; en cuanto a la reina Vashti se destronó; y se abrió luego un certamen para dar con la más bella virgen de la región para que fuera la nueva reina.

Al fin, la elegida fue Esther, sobrina de un judío llamado Mardoqueo. Pero el rey ignoraba la identidad judía de Esther al desposarla. Mientras tanto, dos eunucos habían conspirado para derrocar al rey pero Mardoqueo lo supo y se lo dijo al rey, que hizo colgar a los eunucos y luego inscribió el acto de Mardoqueo en el "Libro de los Hechos Memorables". Por las mismas fechas, el rey reorganizó su gobierno y dejó a un hombre llamado Hamán al cargo de todos sus asuntos. Hamán, engreído por tanto poder, hizo que el pueblo se inclinara ante él. Todos lo hicieron menos un hombre: el judío Mardoqueo, que no inclinaba su cabeza ante ningún hombre. Hamán, enfurecido, concibió un plan para ahorcar a Mardoqueo y, de paso, aniquilar a los judíos que vivían en el reino. Cuando se supo su plan, Mardoqueo pidió a su sobrina interceder ante el rey para salvar a su pueblo y ella no vaciló en decidir hacerlo a pesar de que eso la identificaría como judía y la pondría en peligro mortal, tan sólo por reclamar la atención del rey.

Aún bajo el impacto de los encantos de Esther, el rey le permitió acceder a su presencia y que le formulara su petición. Pero ella se limitó a invitarlo a venir con Hamán a cenar. Ella prepararía la cena y, durante la misma, le formularía su petición. Pero, al terminar, Esther demoró formular su petición hasta una segunda cena a la que otra vez habían de venir sólo el rey y Hamán. Hamán, complacido por estas invitaciones y cenas con el rey y la reina, empezó a fantasear acerca de su creciente poder y decidió construir un cadalso para colgar a Mardoqueo, su mayor enemigo.

Antes de la segunda cena, el rey tuvo una mala noche y para combatir el insomnio se puso a leer el "Libro de los Hechos Memorables" donde constaba que Mardoqueo había salvado al rey. Al día siguiente, el rey le preguntó a Hamán qué creía que sería apropiado hacer con un hombre al que el rey quería honrar. Hamán, creyendo que el rey se refería a él, expuso una larga lista de honores para hombre tan afortunado. El rey estuvo de acuerdo y le ordenó hacerlas con Mardoqueo el judío. Y Hamán, humillado, tuvo que obedecer la orden real en favor del que consideraba su peor enemigo.

Las cosas se pusieron aún peores para Hamán cuando acompañó al rey a la segunda cena. Esther le pidió al rey la anulación de la ley destinada a aniquilar a los judíos y la ejecución de su autor, Hamán. El rey accedió, los judíos se salvaron y a Hamán se le colgó en el cadalso que había construido para Mardoqueo. Anualmente, en la Fiesta de Purim, se conmemoraban los tiempos y hechos de Esther: la liberación del pueblo del peligro de aniquilación gracias a la intercesión de una mujer. Sin duda se trata de una historia emocionante, pero, sin embargo, difícilmente se la puede calificar como "palabra de Dios" sobre todo cuando el libro termina informándonos que los judíos, una vez libres del peligro, respondieron asesinando a quinientos de sus captores, incluidos diez hijos de Hamán.

Hay mucho en la Biblia que vivifica y que enriquece. Para descubrirlo, basta romper la cáscara piadosa y eliminar la atribución de una autoridad sagrada a las antiguas palabras en su literalidad. Los humanos inevitable e intuitivamente buscan la verdad de Dios y ella proviene de muchas fuentes, de las que la Biblia es una. La verdad de Dios, sin embargo, no se puede capturar nunca literalmente. Siempre es mucho más grande que lo abaricable por la mente humana. El espíritu, si se cree comprenderlo, no se comprende. Nuestra percepción de la verdad evoluciona a medida que se expande la conciencia humana. No podemos considerar a ningún libro finito como fuente literal de la verdad sin convertirnos en idólatras. Los libros de Esther y de las Lamentaciones exponen esto de un modo bastante obvio.

La próxima columna marcará el fin de nuestro estudio del Antiguo Testamento con una mirada al trabajo del Cronista, que incluye a Esdras y a Nehemías.

— John Shelby Spong